

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 21 DE ENERO DE 1923

NÚM. 19.960

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Las Hogueras de Castilla

Al reanudar mis notas críticas, habrá, forzosamente, algún desorden en cuanto a la relación de antigüedad respectiva de los libros que sean objeto de mi comentario. Autores y lectores sabrán perdonármelo.

Empezaré mis notas de hoy con un acto de gratitud al Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent, que me envió un ejemplar de *Las Hogueras de Castilla*, esa magnífica edición tan sugestivamente ilustrada por Castro-Gil e impresa por Oliva de Vilanova, cuya suntuosidad tipográfica es bien conocida.

Este libro es una serie de odas en prosa, exaltaciones apoloéticas de las ciudades que guardan las huellas de la fuerte tradición castellana. Es un acto de adoración fervorosa. Desde luego, el autor no ha querido hacer historia, sino arte; no debe extrañarse, pues, el tono ditirámico ni la acentuación extrema de los valores significativos, en cada uno de esos jaloneos de la marcha de un pueblo. ¿No llamamos tiempos heroicos a los que median entre la brumosa humanidad anterior al testimonio histórico y la clara aparición de éste? El libro de Hoyos pertenece, en tal sentido, a la historia heroica. Es el trasunto épico de las piedras, la rebusca de la estela invisible entre el musgo de las ruinas venerandas. Cada una de las ciudades que canta es un relicario; cada una tiene grabado en sus muros el jeroglífico de un pasado luminoso; cada una guarda en su nombre la resonancia de una voz que tardará siglos en extinguirse. Hoyos las ha visto transfigurarse en hogueras, y esa imagen me ha sugerido una doble visión de recuerdo: el fuego del corazón de sus místicos y la pira oprobiosa de sus quemaderos. Pocas veces la antitesis (ese oropel, como decía Musset) habrá tenido más angustiosa vitalidad que en esa ambigua sugestión de gloria y vituperio. Por esto las ciudades que el libro de Hoyos magnifica se nos presentan con el nimbo frágico de Amor y Muerte, y así han pasado a la poetización de tantos espíritus selectos. Como las vírgenes del Evangelio, esas ciudades muestran, encendida aún, la lámpara de las bodas; y acaso son todavía centinelas de guerra, alzando con manos convulsas, sobre el

torreón de sus murallas, la antorcha que convoca a las villas hermanas para los levantamientos en defensa de las últimas libertades concejiles.

Nunca me he acercado a esas ciudades sin una profunda compenetración con su personalidad recóndita y lejana, desconocida para ellas mismas. Al visitar de nuevo alguna de ellas, tras muchos años de ausencia, nos parece que sale a nuestro encuentro la imagen de nuestra propia juventud, para tomarnos de la mano y guiarnos, por la reminis-

cencia y el instinto, a través de las plazuelas silenciosas y los callejones enmarañados.

Me siento libre de la superstición histórica que santifica figuras dignas de anatema y convierte en glorias las mayores flaquezas. Mi personal criterio histórico difiere en absoluto del corriente, que sirve en nuestras escuelas para modelar el espíritu de las generaciones. Las figuras reputadas gloriosas por esa Historia oficial me parecen vituperables. Pero siempre queda, en esas hogueras

que encendieron a su paso, una herencia de indiscutible valor: el Arte. Y esa es la luz que nos deslumbra, cegando nuestros ojos para el contrapeso de dolor con que fué alcanzada. Y aun puede decirse que la propia barbarie de muchas de esas páginas lleva en sí la belleza innegable y satánica de la fuerza, la intensidad de su propia exaltación de valores, que le hace traspasar los límites de lo humano. Entre lo inhumano y lo sobrehumano la distinción es muchas veces difícil de encontrar...

El libro de Hoyos opera sobre la leyenda, porque es un libro poético, en el cual se mezclan la belleza contemplada y la capacidad lírica del contemplador. La materia prima es el mito de cada una de esas ciudades, gérmenes o coágulos de Historia. Todo mito envuelve una semilla de futuras idolatrías, materia ofrecida al valor trágico, o sea a la intervención de las fuerzas divinas y fatales: Asturias, León, las Castillas, desbordan de esa vitalidad, que se revela a los dignos de comprenderla. Las catedrales, los castillos, los Concejos, los palacios, son tabernáculos de las fuerzas cuya lucha ilumina la Historia como el centelleo de aceros que chocan. Antonio de Hoyos ha compuesto, con esos viejos temas e motivos, su sinfonía. Y como su temperamento, su alcuernia, su formación literaria, le impulsaban al panegírico, su libro es también, y principalmente, una plegaria de devoto.

Doña Leonor de Cáceres

El escritor mejicano Artemio de Valle Arizpe ha publicado, en un volumen, dos nuevas narraciones que pertenecen todavía a la manera hábilmente imitativa de sus *Vidas milagrosas* y de su *Ejemplo*, que comenté ya en estas páginas. Esas dos nuevas producciones se titulan *Doña Leonor de Cáceres y Acevedo* y *Cosas tenedes...* No debo insistir ahora en mi juicio sobre esas imitaciones arcaicas, cuyo esfuerzo difícilmente queda compensado por el éxito. Hay un inevitable artificio en la contextura de tales obras, que daña a la pureza emotiva del lector.

El primero de esos cuentos es una leyenda fantástica, o de apariciones. Su fuerza sensitiva está en el terror. La hábil mezcla de la sensualidad con la idea

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA



«La Plaza del Pan» (Sevilla).—Dibujo original de A. Sánchez Felipe

POEMAS DEL MAR

Playa de La Atunara

Flota en el aire fresco de la tarde una rara fragancia húmeda y acre... Con un ritmo indolente riza el mar sus azules ondas en La Atunara, bajo el ámbar dorado de este claro poniente.

Como un grueso cetáceo que el oleaje hubiera a la playa arrojado, yace el cuerpo ventruído de una lancha pesquera, reclinada a la orilla del mar, sobre un costado.

Y en torno de ella, errantes los grandes ojos, llenos de luz meridional que el mar latino evoca, plácidamente charlan unos hombres morenos, con la pipa en la boca.

Lentamente oscurece. Sobre las tenues brumas que circundan su base, se yergue sobre el mar, como un titán cubierto de líquenes y espumas, el altivo y adusto peñón de Gibraltar.

La pesca

Trae la brisa del mar a la playa una fresca caricia. El oleaje se embravece un momento, y encalla en las arenas una lancha de pesca, tensas las blancas velas al impulso del viento.

Saltan sus tripulantes a la orilla, ágilmente. Dominando sus voces, su ruda voz levanta el patrón—viejo lobo de mar—, y, suavemente, el mar, en los costados del viejo lanchón, canta.

Hinchadas y pomposas las velas, igual que alas de gaviotas, laten, tiemblan, vibran nerviosas, y, crujiendo, a lo largo de las cuerdas se abaten.

Y las redes tendidas sobre la arena esparcen una fragancia grata, mostrando entre el tejido de sus mallas hinchadas luminosos destellos de púrpura y de plafa.

José MARIA PLATERO

de la Muerte aumenta considerablemente la eficacia de su valor intencional, como el escalofrío de un amor de incubo...

La segunda narración del volumen tiene menos intensidad. Su protagonista verdadera es aquella interesante figura de Srta Juana Inés de la Cruz, la poetisa que parecía inspirarse en una línea media entre el trovadorismo antiguo y su transcripción a lo divino, con el nuevo artificio de su siglo, más conceptual todavía que la tradición floreal. — Exteriormente, hay otro protagonista en ese cuento: un retrato de sinistria virtud, ejecutor de la vindicta final, a la manera del de Dorian Gray o el de W. H., ideados por Oscar Wilde.

El Vellocino de plata

Largo tiempo hace que estoy en deuda con mi amigo Francisco Camba, de quien recibí el obsequio de su última novela, *El Vellocino de plata*. He aquí una evocación personalísima del indiano; una inversión del viejo tema de la morriña o añoranza, como lección final de la novela. Daniel Aguiar emigra desde su Galicia a Buenos Aires, fantaseando una fortuna improvisada, para poder casarse con su Armida, al regreso triunfal.

Asistimos, pues, a una visión curiosa de la gran ciudad argentina, a través de una inquietud febril y una ansiedad de retorno a España. Pero la ciudad, como una Dalila, envuelve en sus encantos al buen gallego. Una mujer, muy bien evocada por cierto, le atrae, como si fuese trasunto y encarnación de la propia urbe gigantesca. Esa mujer tiene una feminidad absolutamente diversa de la otra amada, la que aguarda en la campiña gallega, como Raquel, que pasen los años de pena de su Jacob... Y este es el verdadero asunto de la novela: la contraposición entre las dos feminidades y entre los dos medios humanos que tras ellas se extienden.

La obra es elegíaca, ¿cómo no? Pero la elegía brota por donde menos pudo preverse. El amor de allá se eleva hasta las mayores exaltaciones carnales; pero el recuerdo transfigurado de la novia gallega se interpone ante la pasión de Daniel y no la deja florecer. Roto con violencia ese vínculo amoroso, vuelve Daniel a su patria, y el mayor de los desencantos lo acoge. ¿Cómo? ¿Es aquella su Armida? ¿Es aquella mujer prosaica, calculadora, grosera? Como Don Quijote a su Dulcinea, la ausencia había transfigurado a la novia lejana, y Daniel la había vuelto a crear en su fantasía a manera del premio ideal que le esperaba al regreso, en la poesía inefable de sus campos nativos, de sus costumbres patriarcales, de sus recuerdos infantiles e idílicos... Pero el tedio infinito de la realidad se le descubre al regreso. Y un afán de imposible reconstrucción del otro amor perdido, iluminado ahora por las exquisiteces de un alma depurada e incomprensible, impulsa a Daniel a emigrar de nuevo, con el alma fluctuando entre el encanto y el horror del país natal...

Hay en toda la novela un poderoso contagio de vibración humana. Tiene páginas de sumo acierto descriptivo. Y entre los personajes del coro, hay uno, sobre todo, Farfán, que renueva los ejemplares más castizos de nuestros *figurones* y parece la sombra simbólica de los viejos conquistadores, en el solar de las Indias, con un alma mixta de facineroso y abnegado.

Gabriel ALONAR

EL QUESO DE NATA

Las ocho de la noche y un frío horrible.

Pero ¿qué importaba? Para eso iba él con su chapeo metido hasta los ojos y embozado magníficamente en su airosa capa.

Airosísima.

Dejaba pasar el aire por todas partes.

Por eso y porque le estaba un poquito corta (no le llegaba a las rodillas), los amigos, ¿qué sabían ellos?, decían que aquello no era una capa, sino una esclavina.

De pronto, ¡zas!, un encontronazo por la izquierda; después, ¡zas!, otro por la derecha.

¡Qué brutos!... ¿Y adónde irían todos tan corriendo? Pero, ya está. Aquella gente que iba por las calles corría tanto por entrar en calor y porque era la hora de la cena.

De la cena.

Muy bien. Vamos a ver. ¡Y qué hacía él!...

Disponía de la respetable suma de ocho reales; pero hubiera sido una enormidad gastarse así, de pronto, en una sola comida, los ocho reales... Gastarse ocho reales de un golpe, cuando no vislumbraba otros ocho en su confuso horizonte económico...

Echó sus cuentas.

Echó sus cuentas, porque ya hacía casi un mes que se alimentaba con arreglo a un método rigurosamente científico, expuesto por un médico en una conferencia que dió en Zaragoza.

Según aquel médico, un hombre que-

daba perfectamente alimentado comiendo sólo catorce higos al día: siete por comida. Cada higo, según demostraba, de un modo científico que no daba lugar a dudas, aquella eminencia médica, desarrollaba en el organismo sabe Dios el número de calorías...

Una barbaridad.

Bueno; pues, a pesar de esto, él estaba ya de higos secos hasta la coronilla. Por eso echó sus cuentas.

Desde luego descartó lo de gastarse los ocho reales en bloque; y ya pensaba el modo de fraccionarlos, cuando se detuvo ante un escaparate prodigioso. Prodigioso. ¡Cuánta caloría no estaba allí encerrada! Era todo un panorama lírico el que se extendía ante su vista. ¡Qué variada cantidad de quesos de todas clases y tamaños, apilados «en artístico desorden», seguramente por el honorable industrial, dueño de la mantería!...

Allí estaba la solución de su problema.

Con los ocho reales podía hacer seis comidas.

Es decir, que se aseguraba la tranquilidad durante tres días consecutivos.

Entró en la tienda (tan iluminada) y compró un quesito de nata.

Una cuarenta. Le sobraban sesenta céntimos.

Lo malo era entrar en su domicilio si llegaba después de las diez. Pero no había que preocuparse. Esto lo había resuelto él por medio del ilusionismo. Llegaba a la puerta de la casa y llamaba al sereno, que acudía y solícito le daba su velilla encendida... En el momento de dar la «propia» sacaba del bolsillo del chaleco un duro, y

—¿Tiene usted cambio?

—¡Por Dios, señorito! Mañana me paga, y si no, pasado.

—Bueno; gracias. Hasta mañana. Y se guardaba arrogantemente el duro.

Era de chocolate y le sirvió durante quince días...

¡Pobre duro! ¡Se reblandeció un poco el chocolate dentro del papel plateado, y un día cometió la ingratitud de comerse!

Salió de la tienda encantado con su adquisición.

Ya cerca de donde vivía, compró dos panecillos, uno para la comida que iba a hacer y otro para la del día siguiente, al levantarse.

Maravilloso...

Tres días seguidos sin tenerse que preocupar de acallar el estómago y así poder dedicarse «de lleno» a sus múltiples trabajos imaginativos.

Subió al piso donde vivía—tercero, valor nominal; quinto, valor efectivo; total, ciento setenta y cuatro escalones—y entró en su habitación.

Una monería. Parecía una jaula. Con el techo inclinado y una ventanita a un patio.

Se desembozó, extendió la capa sobre la cama, puso encima el sombrero, y cuidadosamente dejó el quesito de nata y los dos panecillos sobre la mesa.

Inmediatamente limpió, despacio, la hoja de su cortaplumas y desenvolvió su preciosa adquisición.

Con bastante seguridad trazó, a ojo, una raya diametral sobre el queso, cuyo olor delicado le hacía la boca agua. Cogió después un libro y, sirviéndose de él como de escuadra, trazó una nueva raya diametral, perpendicular a la primera.

Resultó dividido en cuatro trozos perfectamente iguales.

Quedó un momento pensativo; pero, como desechando un funesto pensamiento, y como para no arrepentirse de lo que primeramente pensó hacer, trazó decididamente nuevos diámetros, y cortó hasta conseguir los seis trozos exactos que quería.

Cogió uno, envolvió los cinco restantes en el papel y, juntamente con uno de los panecillos, los guardó en el cajón de la mesa.

¡Dios mío! Pero, ¿cómo pudo suceder aquello?...

De un modo fatal e irremediable.

El frío, los diez y nueve años, la pasada alimentación científica a base de higos secos...

Puesto en la pendiente, no pudo retroceder. Se comió el primer trozo; luego, el segundo; después, el tercero... Se detuvo un momento horrorizado; pero se dejó llevar por las malas ideas. ¡Bah! Aún le quedaban dos para todo el día siguiente. Y que ya había empezado el segundo panecillo...

Mas ¿para qué seguir? Luego, el desastroso pensamiento final.

—Para un pedazo que me queda, mejor es terminar del todo. ¿Qué voy a hacer ya?...

Y no dejó ni rastro de los dos panecillos ni de los seis trozos tan sabiamente obtenidos.

¿A ojo? Sí. Pero como no lo hubiera podido hacer mejor el mejor delineante.

Los seis y los dos.

—¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho?—se dijo, sintiéndose rozado por el ala fría de lo trágico.

Pero se tranquilizó.

—¡Menuda labor he realizado en un instante! ¡Habríame evitado el trabajo de tener que comer durante tres días seguidos!...

Francisco de TROYA

LOS MIMOS

Clotilde y Alexandre Sakharoff

No en vano Merejkovski, desterrado en París, encontraba alivio a su duelo viendo bailar a los Sakharoff. Efectivamente, la educación occidental de quien afirma haber aprendido su arte en Sarah Bernhardt y en el «Louvre», sólo ha servido para definirlo más claramente como una aportación esencialmente rusa. La musicalidad *escandalosa*—al decir de Vuillermoz— de los Sakharoff, una vez más trae la fuerza oculta del Oriente, y del *éxtasis*, por el que suspiraba el escritor ruso dolorido, nos ofrece el más refinado rebuscamiento.

La *danza pura* que pretende Alexandre Sakharoff, afirma la música por sí misma, de tal modo, que, anulándola en todo sonido complementario, para que silenciosamente se perciba por su sola visualidad en el movimiento, lleva lógicamente a aceptar como fundamento de la belleza—de la expresión de esa profunda musicalidad que Carlyle llamaba *canto* y que encontraba aún en el pensamiento cuando se hacía *tan profundo*. Pudiera decirse que la mímica, simplificada hasta un extremo de perfeccionamiento inaudito—sencillez aparente—, de los Sakharoff, incorpora el *canto* a las formas extremas de la danza; a esto es a lo que llamamos aportación esencialmente rusa.

Alexandre Sakharoff se ha decidido por seguir una dirección diametralmente opuesta a la que en estos últimos años ha realizado en los *Ballets* su compatriota Massine. Mientras Sakharoff, educado en París, renueva en su arte el sentido religioso de su país distante, Massine se occidentaliza. Si fuese posible la comparación, podría decirse que Sakharoff baila *en el tiempo*, y Leonide Massine *en el espacio*.

La depuración de la danza que Sakharoff anhela realizar hasta conseguirla, libre de la trabazón de un acompaña-

miento musical cualquiera, que cohibe, a su entender, la línea melódica iniciada en el solo gesto, puede, sin embargo, por la libertad conseguida, inutilizarla por completo. El talento con que Alexandre Sakharoff ha sabido evitarlo hasta ahora, nos hace lamentar no haber podido conocer algunas de esas experiencias anteriores suyas, que él llama de *laboratorio*. Por lo pronto, tenemos ante los ojos un maravilloso resultado. Es asombrosa la delicadeza exquisita



frontadas sus sospechas de facilidad por simplificación—por *estilización*—en los artistas, que inmediatamente se muestran tan dueños de una verdadera personalidad compleja en *Chinoiserie* o el final del *Vals romántico*, y sobre todo en *Bucólica* y en *Guitarra*—donde el *estilo*, aunque sutil, no es ningún engaño.

Alexandre y Clotilde Sakharoff han traído a sus danzas un afán de miniaturistas, un cuidado tan primoroso de perfección exacta, que alejan el amaneramiento, porque se le adelantan, conscientemente y no por capricho. Estos maravillosos mimos, en quienes el vestido forma parte integrante, de tal modo que no podrían continuar sin haber logrado en él un primer acierto, parecen olvidarlo todo, hasta eso mismo, por realizar una expresión desnuda enteramente.

Sin embargo, hay una contradicción—casi irónica—de esto en sus obras más conseguidas: la *Danza Luis XIV* o la *Canción negra*—donde lo que triunfa es un cierto arlequinismo—de traje y de ademán.

Acaso fuese un motivo de alarma este intento de los Sakharoff si se desviara demasiado en su tendencia mística; poco a poco llegaría a hacerse su virtud exclusivamente negativa: un virtuosismo por abstinencia que ofrecería en arte una verdadera novedad.

Pero Alexandre y Clotilde Sakharoff se han detenido justamente a mitad del camino emprendido, y ello nos da esta danza de matiz y delicadeza, como un bello hallazgo, tal vez mejor de lo que se proponían conseguir. También es superior, a veces, el arabesco sin sentido al gesto que expresa una emoción, o al que alude a una imagen determinada sintetizándola, como en *Funambulesca*, donde suele ser con más acierto.

Todas las insinuaciones de la danza del porvenir que los Sakharoff nos ofrecen, valen ya como un exquisito presente—en el doble sentido de la palabra.

J. B.

de Alexandre y Clotilde Sakharoff en sus danzas; la elegancia finísima del menor gesto; el dominio de la fuerza muscular, doblada a una voluntad expresiva, acrisolada en la milagrosa continuación de los movimientos, sin interrumpirse, para no romper, ante los ojos, la pura línea de la melodía. Para los Sakharoff es accidental toda otra música fuera de esta que va creando plásticamente la continuidad corporal del movimiento—la expresión viva—; de tal manera puede notarse cuando la música de Bach o Debussy les ofrece—por su mayor pureza— ocasión de lograrlo. Quizás alguno, suspicazmente, quisiera denunciar un cierto *primitivismo*, sobre todo en aquellos bailes como *Medieval* o el *Aria* de Bach, que sugieren, más que un recuerdo prerrafaelista, el de un Puvis de Chavannes; pero ninguna suspicacia llegaría a ver con-



LAS DOS HADAS

CUENTO PARA NIÑOS POR MARIA BERTA QUINTERO

En un lejano país habitaba en una linda casita, rodeada de precioso jardín, una viuda muy buena, que tenía cuatro hijas tan bellas como un amanecer de mayo. Llamábanse Rosalinda, Rosabella, Blancarrosa y Lindaflor, y blancas como la nieve, siendo sus ojos como el oro y azules sus ojos, el cielo.

Las niñas eran tranquilas y modestamente, viviendo las niñas—que aún eran las cuatro primorosos capullos de mujer—en el corazón de Rosaura, su cariñosa madre.

Una mañana sintióse enferma y abandonó el lecho. Sus hijas, solícitas y contristadas, acudieron a preguntas y caricias.

—Vamos al médico — opinó la madre.

—Dijo Rosaura—. Si pudiera comer una manzana, seguramente me curarían.

Las niñas miráronse unas a otras, considerando extraño e imposible de realizarse el presentimiento de la enferma; pero amábanla tanto, que resolvieron satisfacer su deseo, y como todas querían complacerla y quedarse al mismo tiempo a su lado, y esto no podía ser, echaron a suertes, y correspondió a Rosalinda marchar, para adquirir las manzanas. Dió muchos besos a su madre y, tomando su cestita, su desayuno y algunas monedas, emprendió el camino del pueblecillo próximo. Pero en él esperábala una decepción. Hubo de recorrerlo todo sin hallar manzanas.

Rosalinda, llorando amargamente, emprendió el regreso; pero iba tan triste y preocupada, que equivocóse de senda y anduvo, anduvo, siempre llorando, sin notar su error, hasta que, fatigada, sentóse en una piedra para descansar y comer un poquito. Entonces miró en torno suyo, apoderándose de ella profundo terror: no conocía el sitio. Muy cerca de allí alzabase, en el centro de frondoso jardín, un enorme palacio, de aspecto extraño, que jamás había visto. Pero, de pronto, a su miedo sucedió intensa alegría. Las ramas de un hermoso manzano sobresalían por encima de la tapia, cargadas de fruto.

Levantóse, gozosa, buscando la entrada del jardín para comprar la fruta pedida por su madre. Hallada bien pronto, divisó a una bellísima dama ricamente vestida de raso blanco.

—Hermosa señora, ¿me permitís entrar?

Al oírlo, dijo bondadosamente la dama:

—Empuja la puerta y pasa, hija mía. Hízolo así Rosalinda, y expuso su deseo con respeto y amabilidad.

—No venderte, regalarte quiero cuantas deseas—contestó la señora—. Soy Diamantina y amo a las hijas buenas como tú. Agita el árbol y puedes llevarme cuantas caigan al suelo.

Tantas se desprendieron que llenó la cestita, y dando mil gracias disponíase a marchar, cuando quedóse como petrificada de terror. Hacia ella llegaba otra dama, también muy bella, vestida de rojo, blandiendo una varita de ébano que despedía fuego.

—Huye, querida niña — exclamó Diamantina—, que te roba.

—¡Furiosa, la recién llegada!

có dulcemente Diamantina—; la permitió llevarlas porque son para su madre, enferma.

—¿Y quién eres tú, mala hermana, para permitir nada? Yo soy la única dueña y señora de todo, aun de ti misma. Teme mi enojo. Y tú, atrevida chicuela, recibirás severo castigo.

—Por piedad, gran señora—suplicó la niña, cayendo de hinojos—. Permittedme siquiera que lleve a mi madre una manzana, y castigadme luego si os ofendí.

—¡No hay clemencia! — Te lo ruego, hermana — intervino Diamantina—; por esta vez compláceme, perdona a esta nena.

—No; pero en tu obsequio la consiento que lleve a su madre la fruta.

Y tocando con el centro de la varita la frente de Rosalinda, sintióse ésta trans-

formada, de la linda casita y marcháronse a vivir muy lejos, esperando que Malina no podría encontrarlas. Pero su desengaño fué amarguísimo. El día del cumpleaños de Rosalinda, Rosaura halló en su alcoba, al despertar, a la terrible hada, que la dijo, enfurecida:

—Huyendo, intentaste burlarte de mí, librándote del cumplimiento enojoso de tu promesa. En castigo, serás tú quien venga a mi palacio.

Rosaura lanzó un grito de dolor y desplomóse, desmayada. Acudieron presurosas sus hijas y vieron cómo, al tocarla Malina en la frente con la varita bruja, desaparecían ambas.

Al día siguiente, Malina iba de paseo con una de sus damas, cuando una bellísima pequeñuela, cubierta de harapos, se la acercó implorando una limosna.

—Lindaflor — llamó ásperamente una voz varonil.

—Me llaman, señora—dijo la niña, corriendo hacia su misero albergue.

Malina, movida por secreto impulso, la siguió, experimentando una extraña sensación al escuchar chasquidos de un látigo, improperios y desgarradores lamentos... Vió cómo un hombre andrajoso, barbudo y horrible, azotaba cruelmente a la niña con un látigo, tinto ya en sangre.

—Ay, madrecita mía, si vieras cómo me tratan desde que dejé de verte...—gemía la pequeña.

—Calla, infame—vociferaba el hombre—, holgazana; sólo un día trajiste una moneda de oro; hoy, dos de cobre, y los demás días, nada. Toma, toma...

—Ay, madrecita querida—sollozaba la niña, si tú estuvieras aquí no sería maltratado. ¿No habrá quien me ampare?

Entonces hízose visible Malina, y, al verla, tendió hacia ella Lindaflor sus manos juntas. La soltó el hombre, sorprendido, y lanzóse al regazo del hada implorando protección.

—¡Pobrecita — exclamó Malina—, ¡Cruel, infame, verdugo!...

—Señora...—quiso disculparse el hombre.

Pero ella, sin atenderle, interrogó a la niña:

—¿Ha muerto tu madre?

—No lo creo, señora; llevóse prisionera un hada, me quedé solita y este hombre apoderóse de mí; me obliga a mendigar y me castiga sin compasión...

—¿Cómo se llama tu madre?

—Rosaura, señora...

—¡Todo es obra mía! Soy una malvada.

Y sintiendo por vez primera remordimiento y ternura, alzando en sus brazos a la nena, la cubrió de besos y lágrimas.

En el mismo instante transformóse el hombre en un gallardo joven; la mendiga, en la adorable Lindaflor, vestida primorosamente, y en una rama de olivo el látigo mágico que fingía llagas y sangre, sin herir ni lastimar. Diamantina, seguida de Rosaura, sus hijas; cuantas personas retuvo Malina en su palacio, prisioneras, esclavas o convertidas en animales, presentóse en la cueva y abrazó a su hermana.

—Comprendo—dijo ésta—que todo ha sido obra tuya para salvarme. Desde hoy no seré ya la terrible hada Malina. Sé que no puedo ni merezco ser, como tú, hada buena; pero gustosa pierdo mi poder.

Y rompió en mil pedazos su varita. Notando que el joven miraba, embobado, a Rosalinda, le dijo con bondad:

—Digna es de ti, porque es aun más virtuosa que bella; yo seré vuestra madrina de boda, colmándoos de dotes y riquezas. Desde ahora no me llaméis Malina; ese nombre me es odioso; elijo y tomo el de mi deliciosa amiga Lindaflor; su belleza, su dulzura, gratitud e inocencia han transformado, cautivándome, mi corazón. Y para celebrar tantos y tan felices acontecimientos, venid al palacio de mi hermana y mía; quiero obsequiaros a todos, porque mucho os he padecido, con un banquete espléndido y con valiosos regalos. Diamantina y yo viviremos siempre unidas, amándonos y consagradas a practicar el bien...

María BERTA QUINTERO

Dibujo de BARTOLOZZI.



portada a su casita, en pos de la dama.

—Soy—dijo ésta a Rosaura—el hada Malina. Tu hija, cogiendo manzanas sin mi permiso, ha caído en mi desgracia y voy a convertirla en mosca.

Rosaura, Rosabella y Blancarrosa (Lindaflor dormía en su camita) imploraron piedad, llorando.

—Bien—dijo el hada a la primera—; si me prometes entregármela al cumplir los quince años, para que hasta los diez y ocho sea mi esclava, te dejo a tu hija.

No teniendo otro medio de salvarla, pues suplicó en vano, la afligida madre hizo la cruel promesa pedida, desapareciendo el hada.

Ya Rosaura no quería probar aquellas manzanas que tan caras le costaban; pero vencida por los ruegos de Rosalinda comió una y sintióse inmediatamente curada.

Transcurrieron algunos meses en la más completa tranquilidad; pero acercándose el plazo fatal (Rosalinda acababa de cumplir catorce años), una noche Rosaura y sus hijas, disfrazadas,

La dama, que era muy compasiva, con disimulo, por temor a su señora, puso una moneda de oro en la manecita de la nena, y ésta cubrió de besos y lágrimas de gratitud la mano que tan generosamente la socorrió. Entonces fijóse en ella el hada, y dijo, como hablando consigo misma:

—Si esta chicuela no es una precoz hipócrita, hay agradecimiento en el mundo.

Dos días después salió sola una mañana. La tierna mendiga acercóse respetuosamente pidiendo una limosna. Malina, despreciativa, arrojó a su rostro una moneda de cobre. Sin embargo, la niña la bendijo, besando su mano; luego, recogió humildemente la moneda.

Aquella misma tarde quiso salir de nuevo, y al acercarse la pequeña, puso en su mano otra pieza de cobre y, conmovida ante su gratitud, la preguntó por su casa.

—Allí vivo, bondadosa señora—dijo, señalando una cueva próxima, húmeda y fría, abierta en la roca.

EL PRÍNCIPE ENCANTADO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

CUANDO salía el médico, doña Luciana se le aproximó en el pasillo.

—Dígame, doctor: ¿está grave?

El galeno la miró a través de sus lentes bicóncavos de miope y, sentenciosamente, repuso, acariciándose la barba: —Grave..., lo que se dice grave, tal vez no. Pero no he de ocultar que se trata de un caso de bastante compromiso.

—¡Vaya por Dios!

—Hablo a usted con franqueza, porque, según creo, no liga al usted vínculo alguno de parentesco con el paciente.

—Así es. Vive en casa, como huésped, hace una temporada. Es hombre simpático, agradable, buen pagador. Le tenemos afecto. Pero nada más.

—Pues hay que cuidarle.

—Eso sí. No faltaba otra cosa. Aunque sólo fuese por caridad cristiana. Mi hija y yo no nos separamos de su cabecera.

—Lo sé, y esto les enaltece a ustedes. Pues, nada, ya lo saben. Sigán mis instrucciones al pie de la letra y espero que triunfaremos.

—¿Cosa de mucha duración, cree usted?

—¡Oh! Eso es imposible de predecir. La Medicina no es una ciencia matemática. Los cálculos, las presunciones que podamos considerar como infalibles, fracasan, se truncan en un momento dado, obedeciendo a factores que no siempre son conocidos. Pero, con toda clase de salvedades, no creo aventurado decir a usted que la enfermedad probablemente, será larga. De treinta a cuarenta días.

Doña Luciana volvió a mustiar:

—¡Vaya por Dios!

—Esto no obstante, puede y debe esperarse mucho de la robustez y de la juventud del paciente. Es un mal trance, no lo niego; pero las circunstancias así lo disponen y no queda otro recurso que acatar su fallo. Luego volveré, en previsión de posibles complicaciones.

Doña Luciana quedó mustia y pariacontecida. Era aquella una complicación por demás lamentable, que pudiera acarrear consecuencias desastrosas si los otros huéspedes entraban en aprensión y resolvían marcharse de la casa. Este era, en rigor, el primer contratiempo sufrido por doña Luciana desde que abandonó la casa de don Gelasio, un buen señor, algo chiflado, a quien sirvió de ama de llaves. Habíala entregado éste, al despedirla, en concepto de indemnización o alivio de cargas, la cantidad de quince mil pesetas, insuficiente para vivir con la renta de tan mezquino capital; pero muy bastante para montar un pequeño tráfico, en unión de algunos otros cuartejos ahorrados por la buena señora en luengos años de laboriosidad y ecorromía. Habida cuenta de sus hábitos y aptitudes, ninguna industria mejor que la hospedería. La suerte favoreció sus planes. Varios caballeros, de buenas costumbres y excelente pago, acudieron fácilmente al señuelo del local limpio y confortable y la comida suculenta. Doña

Luciana estaba convencida de que en unos cuantos años podría, sin esfuerzo, amasar un capitalito que fuese alivio de su vejez y dote o salvaguardia de su hija.

La enfermedad de don Faustino venía a poner negros nubarrones al rosado horizonte en perspectiva. Pudieran los demás huéspedes atemorizarse y desfilarse, huyendo los peligros de un posible contagio. Además, era don Faustino el huésped predilecto, por su carácter alegre,

dado le asistió como una enfermera consumada, y al iniciarse la convalecencia le acompañaba largos ratos, leyéndole periódicos y novelas o distrayéndole con su charla. También él, correspondiendo a los afanes de la muchacha, refería pasajes de su vida, pródiga en aventuras, como una novela picaresca.

Faustino, a la sazón dentro de la treintena, había sido un perdulario en los albores de la juventud. En vida alegre y disipada gastó rápidamente la

un tiro si no accedes a mi petición! Aconsejada por mentores imparciales, prácticos en el conocimiento de trapacerías juveniles, ella persistía en su silencio. Hasta que un día, con laconismo trágico, llegó un telegrama a sembrar la desolación en la familia: «Su hijo Faustino se suicidó anoche. Remita fondos entiero y exequias.»

Para mayor verosimilitud, la noticia iba firmada por persona conocida de la madre. La infeliz enfermó de la congoja y apresuróse a enviar a Valencia su otro hijo, portador cuanto numerario pudo reunir luchando con la angustia. Faltó el hermano a Valencia... y en entación, esperándole, halló tino, incólume.

—¡Pero hombre! ¿Cómo?

—No seas tonto. Ha sido artimaña. Mamá se está poniendo demasiado dura y hay que apelar a procedimientos heroicos.

—Pero ¿no comprendes que le has dado un disgusto enorme?

—Mayor será su alegría cuando sepa que estoy vivo y coleando. Y ahora, dime: ¿cuánto dinero traes? Para que veas que no soy egoísta, nos lo gastaremos juntos...

Otra vez, reconociendo la madre su incapacidad para corregirle, encomendó la tarea de intentar a un pariente suyo, persona respetable y talentosa, que había escalado, por propios méritos, la dignidad episcopal; gran escritor, polemista infatigable, el buen prelado tomó a su cargo la misión, tan dentro de sus aficiones como adecuada a su santo ministerio. Faustino comenzó a recibir misivas del obispo, y no tardó en responderle: «Mi respetado tío: Siga usted escribiéndome cartas como las que ha tenido la bondad de enviarme. Al leerlas, me voy sintiendo otro. Una honda evolución se va operando en mi carácter. Estoy convencido de que salvará usted mi alma si persevera en la campaña que ha emprendido. Pero ¡soy tan contumaz, está de tal manera arraigado en mí el espíritu malo!... Escribame, escribame con frecuencia, que no se hará esperar el fruto de sus desvelos...» El santo varón escribía, infatigable, cartas plétoricas de sana doctrina..., y Faustino se apresuraba a venderlas a un coleccionista, de autógrafos por cinco duros cada una.

—¡Pero usted es muy malo, Faustino! — comentaba María Nieves, asombrada.

—Lo fui, en efecto; ya no lo soy, gracias al benéfico influjo de unos ojos negros que, aunque ahora me miran indignados, han sabido redimirme, y si se lo proponen, acabarán santificándome...

—Pronto la dejaré a usted tranquila — exclamó Faustino, a punto de consolidarse la curación.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque el médico me dijo un momento a otro...



su puntualidad en el pago y también por la circunstancia de ser el más antiguo, el que inauguró la casa, iniciando bajo excelentes auspicios el negocio.

Afortunadamente, los tristes presagios no se cumplieron. El mal de don Faustino, si fué lento, no revistió aquella gravedad que era de temer en los primeros instantes.

Para no perturbar la marcha del negocio, María Nieves se hizo cargo del enfermo. No fué obstáculo su honestidad para el desempeño de la humanitaria tarea; antes al contrario, esta misma circunstancia fué garantía de su excelente desempeño. En los días de mayor cui-

hijuela paterna, y comenzó a dar recias acometidas al caudal de la madre. Temerosa de una ruina que los envolviese a todos, la buena señora defendíase, débilmente al principio, cada vez con mayor intensidad. Era preciso recurrir a ardidés, unas veces ingeniosos, crueles otras, para aflojar la bolsa, antes tan fácil, de la dama. En cierta ocasión, habiendo emprendido un viaje de recreo, durante el cual hizo varias demandas de dinero a la señora, terminó ésta por negarse rotundamente a los continuos requerimientos. «¡Se trata de un serio compromiso, mamá, de una deuda de honor!» — clamaba él desde Valencia. Y la madre, harta de enviar fondos, callaba. «No tendré más remedio que pegarme

—No lo crea usted—repuso ella ingenuamente—. Deseo su curación y la celeridad con toda mi alma; pero no me molesta cuidarle.

—¿Y sabe usted por qué es eso?

—¿Por qué?

—Porque está usted enamorada de mí.

Enrojeció ella vivamente; sus ojos se cubrieron de lágrimas. Faustino entonces la atrajo hacia sí y besó sus manos, que María Nieves, aturrida, no supo retirar. Fueron novios desde aquel instante. Doña Luciana, a quien su hija dió noticia de las relaciones, las sancionó plenamente. Era don Faustino el huésped predilecto, y considerábase muy honrada ante la idea de incorporarle a la familia.

—Lo malo es que este hombre no parece tener nada fijo. Viste bien, paga su hospedaje con puntualidad, es tan caballero como el que más...; pero a mí me gustaría que tuviese un empleo seguro.

—¿Le indicárselo: parece que te quedaría seguro, seguramente buscaría, y si buscas, yo te ayudo, que talento no le falta, pero no le digo eso—repuso María Nieves.

—¿No tendría nada de particular. Yo lo tendría; pero no se lo digo. Es un asunto y me quiere. Con eso me basta.

—Claro, sí; es tu príncipe encantado: el novio del cielo lo crees, y se te figura que no puede haberlo mejor en el mundo.

—Conque lo haya y a mí no me lo parezca...

—Pues bien; yo le hablaré, y a que tú no quieres hacerlo.

María Nieves trató de oponerse; pero fué en vano. Doña Luciana abordó un día a Faustino y le expuso su idea. Lejos de incomodarse, el interpelado asintió a todo.

—Tiene usted razón, doña Luciana, y no podía ser de otra manera, porque yo veo en usted mi segunda madre y cuanto diga y haga tiene que parecerme bien. Hasta ahora no había pensado en ello, por no creerlo necesario. Aún me quedan restos de la herencia materna. Pero mis amistades son numerosas e influyentes y no ha de serme difícil lograr empleo decoroso y hasta pingüe. Lo que otros consigán no puede estar vedado para mí. Es posible que esto me obligue a establecerme en provincias...

—Eso no importa. María Nieves está dispuesta a seguirle a usted al fin del mundo.

—¡Encantadora y adorable niña!

—Le quiere a usted más de lo que usted merece. No la haga usted desgraciada, que no hay criatura en el mundo más digna de la felicidad.

—En labrar su dicha cifraré mi ventura.

Hablaba don Faustino en tono enfático, declamatorio, como quien recita parlamentos de una comedia. Doña Luciana, sintiendo acaso nostalgias juveniles, no pudo sustraerse al recurso y quedó persuadida de que su futuro yerno era el marido ideal. Madre e hija se abrazaron, llorando, al comentar la enternecedora escena.

—¡Hija de mi vida! No quisiera más que verte casada y feliz, y morirte luego...

Sus deseos fueron cumplidos casi al pie de la letra. Empezó a hablarse de boda, y María Nieves iba preparando su ajuar, cuando una mañana doña Luciana apareció muerta en el lecho. Fué el suyo un final insignificante, anodino, como había sido su vida. María Nieves lloró a su madre tiernamente, convencida de que, si bien perdía con ella el apoyo moral y material que le era indispensable, no tardaría en ser pensado con la boda en el futuro.

era su afán... Dios querrá que pueda verme desde el cielo...



Faustino, asumiendo la significación de cabeza de familia, pues a ello dábale sobrado derecho el enlace proyectado, dió las órdenes oportunas para el entierro de doña Luciana, presidió el duelo, intervino en cuantas incidencias y detalles propios del caso fueron presentándose. María Nieves se enorgullecía viéndole atender a todo, prudente y solícito. ¿Qué sería de ella sin él? Indudablemente, Dios, que aprieta sin ahogar, había deparado, junto al veneno de la orfandad tristísima, la triaca de un novio excepcional, con el que sería feliz, tutelada por su cariño y su experiencia.

Transcurrido el novenario—misas, rosarios vespertinos, visitas de condolencia—, Faustino creyó del caso hablar con su novia seriamente.

—Oye, pequeña: es preciso que pensemos en el porvenir.

—Como tú quieras.

—¿Qué planes son los tuyos? ¿Qué línea de conducta te has trazado?

—La que tú dispongas. Muerta mi madre, no hay para mí otra voluntad que la tuya.

—Te agradezco esas palabras, pequeña; bien es cierto que creo merecerlas por el cariño que me inspiras... Pero hay que concretar. ¿Piensas seguir con la industria de tu madre?

—Yo no sé... No lo he pensado... ¿A ti qué te parece?

—Pues, sinceramente, me parece que no sirves para el caso. Ni tienes carácter adecuado, ni condiciones, ni estás educada para ello...; ni yo he de consentir que mi mujer trabaje, pudiendo yo evitarlo.

—Entonces...

—Hay que traspasar el establecimiento. No faltaré, de fijo, quien lo tome, toda vez que está acreditado. ¿Qué crees tú que puede obtenerse por este concepto?

—No sé... Alguna vez, hablando de ello, decía mi pobre madre que, tal como está planteado el negocio, no lo daría por menos de cinco mil duros.

Hombre práctico, Faustino hizo al momento una reducción prudencial.

—Pongamos quince mil pesetas. ¿Te parecería bien traspasarlo en esta cantidad, si se encuentra quien la dé?

—Ya te he dicho que lo que hagas me parece admirable.

—Mi desco es evitar que tú trabajes. Dentro de pocos días tendré el empleo fijo que tu madre deseaba; no bien me entreguen la credencial, nos casamos y emprendemos el viaje para instalarnos en Málaga, que es donde he de prestar más servicios... Tú no tendrás inconveniente en alejarte de Madrid...

—El último rincón del mundo me parecerá admirable, si he de vivir contigo.

—Gracias, pequeña. Y ahora, otra cosa. Tu madre tendría algunos ahorros...

—Sí. Ha trabajado mucho la pobre y supo economizar, pensando siempre en mí, evitándome los peligros del día de mañana.

—Lo suponía. Era muy buena la pobre, ¡muy buena! Yo la quería como a una madre, y estoy seguro de que ella hubiera visto siempre en mí un hijo.

Aquí Faustino se llevó el pañuelo a los ojos, mientras los de María Nieves se llenaban de lágrimas.

—Y dime, pequeña: ¿a cuánto ascienden las economías de tu madre? Tú lo sabrás, por lo menos aproximadamente.

—Sí, porque poco antes de morir hablamos de ello. Tiene seis mil duros en papel del Estado.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—Poco es eso. Seis y otros tres o cuatro que puedan sacarse por el traspaso... No llegará siquiera a los diez mil.

María Nieves le contemplaba un tanto sorprendida. El lo advirtió.

—Hago estos cálculos porque es preciso contar con todo para el porvenir. Mi sueldo no ha de ser muy cuantioso. Los restos de mi capital han de invertirse en gastos de instalación, en el comienzo de nuestra nueva vida. Yo quisiera tenerla como una reina, y todo me parece poco para ti.

—Ya sabes que estoy acostumbrada a mucha modestia. Me basta con muy poco, y estando a tu lado, lo demás me sobra.

—Gracias, pequeña; yo te agradezco esas palabras... Pero no se trata sólo de ti: hay que pensar en el mundo, que nos acecha siempre. Yo pertenezco a una familia ilustre, de gran posición; no puedo ni debo vivir como un cualquiera. El amor que te profeso me impulsa a elevarte hasta mí. Esto está bien, porque tú lo mereces. Pero me apena, me conliraría la idea de que no podamos vivir con arreglo a mi alcurnia.

La muchacha miraba a su novio con ojos agrandados por la incertidumbre y la inquietud.

—No entiendo lo que quieres decir, Faustino. Por Dios, explícate con claridad.

—No, si no quiero decir más de lo que digo... Claro es que siempre queda un recurso...

—¿Un recurso? Di cuál.

—Emprender negocios, especulaciones productivas con ese dinero.

—Claro que sí.

—Bien sabe Dios que me repugna todo tráfico. Yo no he nacido para negociante. Es el mío un espíritu demasiado superior para eso... No obstante, por ti, sólo por ti, lo haría.

—¡Oh, Faustino! Gracias, gracias...

—Nada tienes que agradecerme. Cuando me asististe en mi enfermedad contraí contigo una deuda que sólo he de pagar con el amor y la solicitud de toda mi vida. Traficaré con ese dinero. No creo difícil asegurar que, bien administrado, nos daría para vivir decorosamente, en unión de mi sueldo, y aún podemos ahorrar alguna cantidad, siguiendo la norma de tu madre, que tanto entendía de estas cosas.

—Sí, sí, Faustino; el día de mañana, como decía la pobre...

—Eso es. El día de mañana. Y mientras llega, queremos mucho, criar los hijos que Dios nos envíe y ser todo lo felices que podamos. Mañana mismo empiezo a gestionar nuestro expediente de matrimonio. Conviene que nos casemos cuanto antes. Buscaremos también quien tome en traspaso la casa. Y por lo que hace a ese dinero... ¿Tú sabes en qué forma lo tenía tu madre?

—Sí; está depositado en el Banco; el resguardo figura a nombre suyo y mío, indistintamente, para poderlo retirar, en caso de muerte, sin hacer el gasto de los derechos reales.

—Se ve que era muy previsora la pobre.

—Estaba en todo. De manera que cuando te parezca lo retiramos.

—¡Oh! No corre prisa.



Fué empresa fácil, más de lo que ellos suponían, el hallazgo de un aspirante al traspaso de la casa de huéspedes. El negocio, bien llevado por doña Luciana, tenía golosos, y uno de ellos, conocedor del asunto, se ofreció para continuarlo. Faustino, de acuerdo con María Nieves, celebró entrevistas, sostuvo discusiones, hizo números, y, al fin, se cerró el trato. Sólo que los cálculos de la muchacha respecto al precio probable eran dema-

siado optimistas. En vez de cinco mil duros, no se pudo pasar de las doce mil pesetas. El comprador hubiera llegado a quince, acaso a diez y ocho, si le concediesen plazos razonables, con la garantía del mismo establecimiento; pero esta combinación no fué del agrado de Faustino.

—Mira, pequeña, eso de los plazos no me convence. Llega un vencimiento, no paga y es preciso entablar un pleito, que sería una ruina, o liarse a trasluzos con el moroso.

—¡No, por Dios! Eso no.

—Así, pues, creo preferible lo de las doce mil pesetas. Cierzo que no es mucho...

—No, efectivamente; la mitad de lo que calculaba mi madre.

—Pero, en cambio, las entregan en el acto, y esto siempre es preferible.

Timidamente, María Nieves se atrevió a indicar que si se anunciara en los periódicos, tal vez se presentase otra solución más conveniente.

—No lo niego; pero esto llevaría consigo aplazamientos, dilaciones... Yo no tengo mi tiempo para dedicarme a este asunto, como comprenderás. Por otra parte, me entregarán la credencial de un momento a otro y tendré que marcharme. Un entorpecimiento en estas condiciones sería fatal para nosotros. Por eso me hubiera parecido aceptable. Pero si tú crees otra cosa...

—No, no; de ningún modo. Hagámoslo como dices. Me parece bien.

Se cerró el trato, firmándose escritura. Fueron después al Banco a retirar los valores, y después, a comer en un restorán de lujo.

—Ya comprenderás que esto no puede considerarse como transgresión del trato — dijo Faustino—. Somos ya, como quien dice, marido y mujer. A nadie puede parecerle mal que vayamos a comer juntos. Por otra parte, no se trata de hacerlo en gabinete reservado ni mucho menos...

—Lo que tú me propongas yo lo acepto, porque no tengo más voluntad que la tuya. Sé que no has de hacer conmigo nada que no sea noble y bueno. La opinión del mundo no me importa. Me basta con saber que tú me quieres.

—¡Oh! Pues lo que es eso...

La miró amoroso. Ella se le colgó del brazo. No se hubiera cambiado en aquel momento por reinas ni emperatrices.



—¿Sabes, pequeña, que me va chocando la tardanza? Hoy volveré a escribir, porque el tiempo apremia...

Iban pasando días y más días sin que llegasen los documentos de María Nieves, indispensables para la tramitación del expediente matrimonial. Faustino había escrito, estérilmente, varias cartas al párroco del pueblecillo donde su novia vió la luz primera.

—Yo creo que contestará un día u otro; pero, si te parece, le escribiré yo; acaso haga más fuerza lo que yo le diga.

—No, no — apresuróse a disuadirlo Faustino—; comprenderás que yo estoy con ello tan interesado como tú, por lo menos, y así se lo he dicho al buen señor. Es más: si te contestase, no habiéndolo hecho a mis repetidas cartas, me vería en el caso de insultarle de mala manera, cosa que me molestaría, por tratarse de persona investida de carácter sacerdotal. Creo lo mejor que yo le escriba de nuevo.

—Como quieras.

Mientras llegaba la respuesta, Faustino, que era muy correcto y visor, se había trasladado a otra casa, para evitar hablarle.

—La gente es mala y pueden criticarnos porque vivamos bajo el mismo te-

Ya comprenderás que con ello no perdería yo nada; pero me creo en el caso de velar por tu honor, cuya limpieza conviene respetar y mantener.

—Tienes razón, como siempre, Faustino, y yo agradezco tu noble actitud.

Se veían todas las tardes. Faustino iba a buscarla y salían juntos a dar un paseo por el Retiro, generalmente, y alguna vez por el Parque del Oeste.

Cuando retiraron del Banco el capitalito, Faustino rogó a María Nieves que guardase los billetes, importe de la venta del papel del Estado.

—Después de instalarnos en Málaga será ocasión de depositarlos a tu nombre en la sucursal del Banco.

—Como te parezca.

Pero transcurrieron días y semanas, y el buen párroco seguía encerrado en su mutismo inexplicable.

—Me parece que voy a tener que ir en persona a buscar tus papeles, pequeña. No me va a quedar más recurso.

—Por Dios! Un viaje tan largo... ¿No habría otro medio?

—No lo sé, hija mía... Yo pensaré en ello esta noche, a ver si se me ocurre algo consultándolo con la almohada.

Y en efecto, la almohada correspondió plenamente al requerimiento de Faustino.

—Ya tengo la solución: la mejor, la única. El día que me den la credencial espero que ha de ser de un momento a otro—nos marchamos a Málaga, sin más dilaciones.

—¿Sin casarnos?

—Es claro; ya ves que eso se retrasa indefinidamente. Una vez allí, me será más fácil trasladarme a tu pueblo para conseguir esa documentación, que de otro modo no va a llegar nunca. ¿Qué te parece?

—No sé... Yo creo que era mejor lo que habíamos pensado...

—Ahí, tú crees, tú crees! Ya estás viendo lo que sucede. Mi interés es por ti, principalmente. Pero si no lo encuentras acertado, no he dicho nada.

—No, no, Faustino; yo no quiero más que lo que tú digas.

—Repito que no me guía más interés que el tuyo.

—Si lo sé. Perdóname que te haya disputado.

Faustino hizo un gesto muy magnánimo.

—Por Dios! Perdonada estás.

Rebosando júbilo llegó Faustino al Parque del Oeste, en uno de cuyos amenos vericuetos habíanse dado cita.

—Ya tengo la credencial! Ya somos felices. Cinco mil pesetas, como auxiliar de Caja en una de las Casas consignatarias más importantes. No es muy cuantioso el sueldo, pero nos servirá de base, y, además, ha de proporcionarme relaciones convenientísimas para el tráfico que me propongo emprender con tu capitalito. ¡Ya verás, ya verás! Sólo siento que no pueda vernos tu pobre madre...

María Nieves, emocionada por la oportuna evocación, se llevó el pañuelo a los ojos. Faustino tuvo entonces una frase digna de las circunstancias:

—No temas; desde el cielo podrá vernos y le regocijará nuestra dicha.

El paseo de aquella tarde fué inolvidable. Apenas hablaron, porque la emoción y la ternura inundaban el alma de María Nieves. Habíase colgado la niña del brazo de su novio y, se apretaba contra él en un acto de sumisión y al mismo tiempo de dominio. Eran el uno del otro y lo serían siempre. Despidiéronse con un efusivo apretón de manos, hasta el día siguiente, en que debía verificarse la partida.

—No se te olvide el dinero, pequeña.

Y cuidado cómo lo llevas, no te lo vayan a quitar.

—Casi era mejor que lo guardases tú. Yo no tengo costumbre de estas cosas.

—La cuestión es llevarlo en sitio seguro... Pero, en fin, si tú quieres...

—Sí, sí; es preferible. Mañana, al tiempo de marchar, te lo daré... Y casi estaba por dártelo ahora mismo...

—Como te parezca.

—Sí, es mejor. Espérame un momento.

Subió a brincos la escalera, como una pajarita de las nieves. A poco, retornaba junto a su novio, al que entregó un abultado sobre.

—Toma: aquí tienes cuarenta y dos mil pesetas: el importe del traspaso y el de los títulos que se vendieron.

—¿No te quedas con nada?

—¿Para qué? No me hace falta dinero,

fué a la iglesia y oyó, devota, la misa en sufragio de su madre. Luego, preparó el baúl y se lo envió a Faustino. Despidióse, después de comer, de los dueños actuales del hotel que fué suyo, y en el que había permanecido como huésped, a partir del traspaso. Fué una despedida triste, como todas, tal vez más que muchas, pues dejaba allí recuerdos imborrables.

A la hora convenida, acudió al lugar de la cita con Faustino. Paseó varias veces por la acera, infructuosamente. Sin duda, él no la habría visto. Se detuvo frente al establecimiento, para ofrecer constante blanco a sus miradas. En vano. Tal vez no hubiese venido él todavía. Dió un par de vueltas a la manzana, para reanudar después el mismo juego. Todo inútil. Aquello era muy extraño.

Honda inquietud se apoderó de María

rondar toda la tarde y, la verdad, nos ha dado lástima. Yo pensaba haber salido a decirselo. Porque eso que ha hecho con usted Faustino no es de hombres...

Apenas pudo murmurar:

—Gracias...

Y salió del establecimiento. El mundo se derrumbaba sobre su cabeza. Sola, sin dinero, sin familia... ¿qué iba a ser de ella? Y, sobre todo, sin el cariño del hombre a quien hizo entrega de su alma. ¿Qué refinada maldad era la de Faustino, cuando así procedía? En el cerebro caótico de la sin ventura no llegaba a cuajar una idea. Inconsciente, deambuló por las calles como un autómata.

Ya las sombras nocturnas habían cubierto el horizonte y aún seguía María Nieves caminando sin rumbo. En una calleja oscura y silenciosa dejó caer sobre el umbral de una puerta. Estaba extenuada, rendida, y no se había dado cuenta hasta entonces. Le dolían los pies y el cuerpo todo. Idiotizada, repetía a media voz:

—¡Ay, mis pies, cómo me escuecen!

Brillaba, a lo lejos, un farolillo, que fué aproximándose, oscilando. Cuando estuvo cerca, se detuvo. El sereno, con voz adusta, exclamó:

—¿Qué hace usted ahí?

María Nieves se encogió de hombros. —Nada; no hago nada. Descanso un poco. Estoy rendida.

—Pues váyase a su casa a descansar. Este no es sitio.

—¡Pero si yo no tengo casa!

—Pues váyase, de todas maneras. ¡Vamos! Circule, circule.

La amenazaba con el regatón del chuzo. Tuvo que obedecer, cojeando. Por las calles, sumidas en penumbra, apenas transitaba nadie. Eran, sin duda, las altas horas de la madrugada. Un trasnochador se aproximó a ella.

—¿Qué solita vas... ¿Por qué cojeas?

—Estoy muy cansada... ¡Muy cansada!

—¿Quieres apoyarte en mí? Te acompaño hasta tu casa.

La infeliz respondió amargamente:

—¡Pero si yo no tengo casa!

Y un sollozo convulsivo le subió del pecho. Hasta entonces no había podido llorar. Una angustia horrible le oprimía el corazón, sin lograr resolverse en lágrimas. El llanto bienhechor la aliviaría, de seguro. Pero el trasnochador no podía explicarse aquello. ¡Demonio! Una neréida sentimental puede ser peligrosa. Se desasió al momento, alejándose, con paso rápido, hasta desaparecer por la primera esquina.

María Nieves volvió a acurrucarse en un quicio y lloró largo rato. Un raudal de lágrimas fluía de sus ojos, sirviendo de expansión a la congoja que amenazó asfixiarla. Las luces opalinas de la aurora fueron iluminando la ciudad. Las calles comenzaron a verse invadidas por el tráfico matutino. Las campanas de una iglesia dieron el toque de la misa de alba. Frente al portal donde planía la triste, elevábase el templo. Un monaguillo abrió las puertas, restregándose los ojos adormilados. María Nieves se alzó del suelo, acometida de súbita inspiración, y cruzó la calle sin vacilaciones ni tropiezos. Ya no cojeaba, ya no sentía los dolores que antes asatearon su cuerpo. Al tiempo que ella, entraba en la iglesia un sacerdote. Se le acercó, suplicante.

—Confesión, padre; necesito confesión.

—Ahora mismo.

Sin despojarse del manto, penetró en el confesonario. María Nieves dejó caer de hinojos ante la celosía. Sus lágrimas fluyeron nuevamente.

—Abrame su alma, hija mía; por grande que sea su tribulación, aquí hallará consuelo; por muchos que sean sus pecados, la misericordia de Dios es infinita...

Augusto MARTINEZ OLMEDILLA
Ilustraciones de BARTOLOZZI.



Tengo pagado el hospedaje; ninguna otra necesidad he de satisfacer. Sólo he reservado un duro para encargar mañana una misa por el alma de mi madre.

Quedaron en reunirse al siguiente día, próxima ya la hora de partir. Faustino tenía que hacer aún varias visitas de despedida que ocuparían la mañana y algo de la tarde.

—Ve a buscarme frente al colmado en que solía ver a mis amigos; ya sabes dónde es. No haces más que pasar por la acera de enfrente y saldré al momento. No digo que entres, porque allí sólo van hombres. Después, tomaremos un coche que nos lleve a la estación. El baúl envíamelo a casa, temprano; desde allí haré que vaya un mozo a facturarlo junto con el mío. Adiós, pequeña, hasta mañana.

María Nieves casi no durmió aquella noche; un extraño desasosiego se había apoderado de ella, viéndose frente al porvenir, que se le ofrecía venturoso, pero siempre inquietante. Muy de mañana

Nieves. A Faustino le había ocurrido una desgracia. No era posible, de otro modo, que dejase de acudir a la cita. Venciendo sus escrúpulos de penetrar en el colmado, al que únicamente hombres solos concurrían, empujó la puerta y preguntó por su novio al encargado del mostrador.

—¿Don Faustino? Sí, señora; parroquiano de casa es, y de los mejores. Pero hoy no está, y me parece que no vendrá en mucho tiempo. ¿No era hoy cuando se marchaba de Madrid don Faustino?—inquirió, dirigiéndose a un grupo de bebedores, que miraban, codiciosos, a María Nieves.

—Ya se ha marchado —dijo uno de ellos—. Nosotros le hemos despedido en la estación.

—¿Se ha marchado ya?—repitió María Nieves, como un eco.

—Sí, señora. Nos encargó que no se lo dijéramos a usted... Porque usted debe de ser su novia... Pero la hemos visto

SI
UN MILLÓN DE HOMBRES AFIRMAN LO MISMO
¿LO CREE USTED?

Pues son millones de hombres en el mundo entero que gastan las afamadas lámparas **TUNGSRAM (Budapest)**, corrientes y medio vatio, **LA MEJOR EXTRANJERA** que existe

GRAN NOVEDAD

Lámpara medio vatio, ampolla, cristal opalina (luz de la luna). Remesas en camino. Exíjase en todos los establecimientos de lámparas y en **MONTERA, 10.**

Droguería. Perfumería. Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
 SUCESESORES DE EDUARDO DIAZ HERRERA
 Primera casa en barnices, esmaltes
 y purpurinas de todas clases
 Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MANUEL LOPEZ
 FABRICANTE DE MUEBLES
 SERRANO, 17
 AYALA, 60

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
 SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono 2.201

PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS) COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:
ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELECTRIC
 MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo. Se admiten suscripciones y anuncios.
AGUAS DEL INCIO-BÓVEDA (LUGO)

"Anís Balmaseda" MALAGON (Ciudad Real)

CALLOS



No se lamenté usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías. 1.50.-Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
 PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Carlos Coppel

fábrica de relojes.
Fuencarral, 27-Madrid

Cada reloj, acompaña certificado de garantía.